

# LA CHICA OCULTA Y OTROS RELATOS

KEN LIU

Traducción de María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Hidden Girl and Other Stories*

Publicado con el acuerdo del autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC, Armonk.  
New York, U.S.A.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Ken Liu

«Ghost Days», publicado por primera vez en *Lightspeed* el 22 de octubre de 2013. Copyright © 2013 Ken Liu - «Maxwell's Demons», publicado por primera vez en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, enero/febrero de 2012. Copyright © 2012 Ken Liu - «The Reborn», publicado por primera vez en *Tot.com* el 29 de enero de 2014. Copyright © 2014 Ken Liu - «Thoughts and Prayers», publicado por primera vez en *Slate* el 26 de enero de 2019. Copyright © 2019 Ken Liu - «Byzantine Empathy», publicado por primera vez en *Twelve Tomorrows* el 25 de mayo de 2018. Copyright © 2018 Ken Liu - «The Gods Will Not Be Chained» publicado por primera vez en *The End is Nigh (Apocalypse Triptych Book 1)* el 1 de marzo de 2014. Copyright © 2014 Ken Liu - «Staying Behind», publicado por primera vez en *Clarkesworld* el 1 de octubre de 2011. Copyright © 2011 Ken Liu - «Real Artists», publicado por primera vez en *TRSF* el 1 de mayo de 2011. Copyright © 2011 Ken Liu - «The Gods Will Not Be Slain», publicado por primera vez en *The End is Now (Apocalypse Triptych Book 2)* el 1 de septiembre de 2014. Copyright © 2014 Ken Liu - «Altogether Elsewhere, Vast Herds of Reindeers», publicado por primera vez en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, mayo/junio de 2011. Copyright © 2011 Ken Liu - «The Gods Have Not Died in Vain», publicado por primera vez en *The End Has Come (Apocalypse Triptych Book 3)* el 1 de mayo de 2015. Copyright © 2015 Ken Liu - «Memories of My Mother», publicado por primera vez en *Daily Science Fiction*, el 19 de marzo de 2012. Copyright © 2012 Ken Liu. - «Dispatches from the Cradle: The Hermit-Forty-Eight Hours in the Sea of Massachusetts», publicado por primera vez en *Drowned Worlds: Tales from the Anthropocene and Beyond* el 12 de julio de 2016. Copyright © 2016 Ken Liu - «Grey Rabbit, Crimson Mare, Coal Leopard», publicado por primera vez en esta edición. Copyright © 2019 Ken Liu - «A Chase Beyond the Storms», un extracto de *The Veiled Throne (The Dandelion Dynasty, book three)*. Copyright © 2020 Ken Liu - «The Hidden Girl», publicado por primera vez en *The Book of Swords* el 10 de octubre de 2017. Copyright © 2017 Ken Liu - «Seven Birthdays», publicado por primera vez en *Bridging Infinity* el 8 de noviembre de 2016. Copyright © 2016 Ken Liu - «The Message», publicado por primera vez en *Interzone* en septiembre de 2012. Copyright © 2012 Ken Liu - «Cutting», publicado por primera vez en *Electric Velocipede* en julio de 2012. Copyright © 2012 Ken Liu.

© de la traducción: María Pilar San Román Navarro, 2021

© de la traducción de «Persecución más allá de las tormentas»: Francisco Muñoz de Bustillo, 2021

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-327-6

Depósito legal: M. 4.940-2021

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:  
alianzaeditorial@anaya.es

---

*A mi abuela, Xiaoqian,  
que me enseñó cómo contar historias.*

*A Lisa, Esther y Miranda,  
que me han enseñado por qué las historias son importantes.*



## PREFACIO

En el corazón del arte de escribir ficción subyace una paradoja, al menos de acuerdo con mi propia experiencia: si bien el medio de la ficción es el lenguaje, una maquinaria cuyo objetivo principal es la comunicación, yo solo consigo quedar satisfecho con la ficción que escribo si me olvido de ese objetivo comunicativo.

Me explicaré. Como autor, construyo un artefacto cuya materia prima son las palabras, pero las palabras carecen de significado hasta que la conciencia del lector las anima. La historia es contada a medias entre autor y lector, y toda historia está incompleta hasta que aparece un lector y la interpreta.

Cada lector llega al texto con su propio marco interpretativo, suposiciones sobre la realidad y visión general acerca de cómo es el mundo y cómo debería ser. Todo esto se adquiere a través de la experiencia, a través de la particular sucesión de enfrentamientos de cada individuo con la compleja realidad. La verosimilitud de la trama se juzga en función de las cicatrices de esas batallas; la profundidad de los personajes se contrapone con las sombras de esos sucesos; la verdad o falsedad de cada historia se sopesa con los miedos y esperanzas que alberga cada corazón.

Una buena historia no puede funcionar como un informe legal, que trata de persuadir y guiar al lector por una senda angosta al borde del abismo de la sinrazón. Debe ser más bien como una casa vacía, un jardín abierto, una playa desierta a orillas del océano. El lector llega con su propio y oneroso bagaje y sus posesiones más preciadas, con semillas de dudas y las podaderas del entendimiento, con mapas de la naturaleza humana y cestas de nutritiva fe. Entonces se instala en la historia, explora hasta el último de sus rincones y recovecos, cambia los muebles de lugar en función de su propio gusto, empape-la las paredes con bosquejos de su vida interior y, de ese modo, la convierte en su hogar.

Como autor, tratar de construir una casa que vaya a agradar a hasta el último futuro habitante imaginable me resulta restrictivo, paralizador. Es mucho mejor construir una en la que yo en concreto me sentiría a gusto, tranquilo, confortado por la armonía reinante entre realidad y artificio del lenguaje.

No obstante, la experiencia me ha demostrado que cuanto menos me propongo *comunicar*, más abierto queda el resultado a la interpretación; cuanto menos me preocupo por la comodidad de mis lectores, más probable es que conviertan la historia en su hogar. Solo concentrándome estrictamente en lo subjetivo tengo alguna oportunidad de alcanzar lo intersubjetivo.

Así que seleccionar las historias para este volumen ha sido en más de un aspecto mucho más sencillo que elegir las de mi primera colección, *El zoo de papel y otros relatos*<sup>\*</sup>, al no estar sometido a la presión de tener que «presentarme». En lugar de preocuparme por qué relatos conformarían la «mejor» colección para esos lectores imaginarios, decidí optar por aquellos que a mí más me agradaban. Joe Monti, mi editor, me resultó de inestimable ayuda en este proceso y, a

\* *El zoo de papel y otros relatos*, publicado en esta misma colección en 2017.

partir de las historias elegidas, consiguió estructurar un índice que a su vez relata una metanarración de la que yo por mi cuenta no me hubiese apercibido.

Ojalá en este libro encontréis una historia que convertir en vuestro hogar.



# DÍAS DE FANTASMAS

3.

NOVA PACÍFICA, 2313

La señora Coron señaló la pantalla-pizarra, en la que había tecleado un fragmento de código:

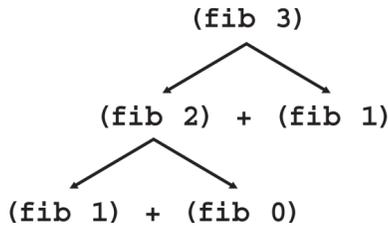
```
(define (fib n)
  (if (< n 2)
      1
      (+ (fib (- n 1)) (fib (- n 2)))))
```

—Vamos a pintar el árbol de llamadas para esta función LISP clásica que calcula de manera recursiva el *n*ésimo número de Fibonacci.

Ona observó a su profesora cuando esta se giró. La señora Coron no llevaba casco e iba ataviada con un vestido que dejaba al aire la piel de sus brazos y piernas de una manera que la mujer había enseñado a los niños resultaba *bonita* y *natural*. Ona sabía fehacientemente que el gélido aire de la clase, tan frío que a ella y al resto de alumnos les podía provocar hipotermia con tan solo una breve exposición, era de lo más adecuado para los profesores, pero no pudo evitar estremecerse

al verla. El traje térmico hermético le raspó las escamas, y el ruido del roce resonó con fuerza en el interior de su casco.

—Una función recursiva funciona como si fuese una muñeca rusa —continuó la señora Coron—. Para resolver un problema complejo, la función recursiva se va llamando a sí misma para resolver una versión de menor complejidad del mismo problema.



Ona deseó poder resolver sus problemas llamando a una versión de menor complejidad de sí misma. Se imaginó que tenía anidada en su interior una Ona Obediente, a la que le gustaba pintar árboles de llamadas en Lenguajes de Programación Clásicos y estudiar prosodia en Inglés Arcaico. Así ella quedaría liberada para poder concentrarse en la misteriosa civilización alienígena de Nova Pacífica, los habitantes originales del planeta, muertos largo tiempo atrás.

—Total, ¿qué sentido tiene estudiar lenguajes de programación obsoletos? —dijo Ona.

El resto de niños de la clase giraron la cabeza a la vez para mirarla, y los dorados destellos de las escamas de sus rostros la deslumbraron incluso a través de las dos capas de cristal, tanto en los cascos de ellos como en el suyo propio.

Ona se maldijo en silencio. Por lo visto, en lugar de a Ona Obediente, de algún modo había invocado a Ona Bocazas, que siempre la estaba metiendo en líos.

Ona se fijó en que ese día el rostro desnudo de la señora Coron estaba más maquillado de lo normal, pero sus labios, pintados de un

rojo brillante, casi desaparecieron convertidos en una fina línea cuando trató de mantener la sonrisa.

—Estudiamos lenguajes clásicos para adquirir los hábitos intelectuales de los antiguos —afirmó la señora Coron—. Tienes que conocer tus orígenes.

Por la manera en que lo dijo, Ona supo que en realidad no se refería solo a ella, sino que ese «tienes» era un «tenéis» que englobaba a todos los niños de la colonia, de Nova Pacífica. Con su piel escamosa, sus órganos y vasos sanguíneos resistentes a las altas temperaturas, sus pulmones de seis lóbulos —todas ellas alteraciones basadas en modelos de la fauna autóctona—, los cuerpos de los chiquillos incorporaban características bioquímicas alienígenas que les permitían respirar el aire del exterior de la Cúpula y sobrevivir en ese planeta caluroso y tóxico.

Ona sabía que tenía que haber cerrado el pico, pero —igual que las llamadas recursivas del esquema de la señora Coron tenían por necesidad que retornar la pila de ejecución— ella tampoco pudo contener a Ona Bocazas.

—Ya conozco mis orígenes: fui diseñada en un ordenador, me desarrollé en un tanque y crecí en la guardería acristalada respirando el aire que se bombeaba del exterior.

—Ay, Ona, no es a eso a... a lo que me refería —dijo la señora Coron con voz ya más amable—. Nova Pacífica está demasiado lejos de nuestros mundos de origen, que no van a enviar una nave de rescate porque no saben que hemos sobrevivido al agujero de gusano y estamos atrapados aquí, en el otro extremo de la galaxia. Nunca contemplarás las bellas islas flotantes de Tai-Winn, los maravillosos pasillos estelares de Pele, las elegantes ciudades arbóreas de Polen, los ajetreados búnkeres de datos de Tiron... has quedado aislada de tu legado cultural, del resto de la humanidad.

Al oír —por millonésima vez— esas vagas leyendas sobre las maravillas de las que había sido privada, a Ona se le erizaron las escamas

de la espalda. Odiaba la condescendencia. Sin embargo, la señora Coron continuó:

—Pero cuando hayas aprendido lo suficiente como para leer el código fuente LISP que controlaba en la Tierra los primeros auto-constructores; cuando hayas aprendido el suficiente inglés arcaico para comprender la Declaración del Nuevo Destino Manifiesto; cuando hayas aprendido lo suficiente en Costumbres y Cultura para poder apreciar todas las grabaciones holográficas y simulaciones que hay en la Biblioteca... entonces, entonces comprenderás la brillantez y elegancia de los antiguos, de nuestra raza.

—Pero nosotros no somos humanos, ¡para nada! Nos hicisteis a imagen y semejanza de las plantas y animales que viven aquí. ¡Nos parecemos más a esos alienígenas muertos que a vosotros!

La señora Coron se quedó mirando a Ona, que comprendió que había dado con una verdad que su profesora no deseaba reconocer, ni siquiera en su fuero interno. A sus ojos, los niños nunca serían lo bastante buenos, nunca serían por completo *humanos*, aunque ellos eran el futuro de la humanidad en ese inhóspito planeta.

La señora Coron respiró hondo y prosiguió como si nada hubiera pasado:

—Hoy es el Día del Recuerdo, y estoy convencida de que luego vais a dejar impresionados a todos los profesores con vuestras presentaciones. Pero primero vamos a terminar la clase.

»Para calcular el término  $n$ -ésimo, la función recursiva se llama a sí misma para calcular los términos  $n-1$  y  $n-2$ -ésimos, que así podrán ser sumados, y cada vez va retrocediendo más en la secuencia, resolviendo versiones previas del mismo problema...

»El pasado, que asimismo se va acumulando recursivamente poco a poco, termina por convertirse en el futuro.

Sonó el timbre y la clase terminó por fin.

Incluso aunque la larga caminata les suponía disponer de menos tiempo para comer, Ona y sus amigos siempre salían fuera de la Cúpula a la hora del almuerzo. Cuando comían dentro les tocaba estrujar tubos de pasta por una ranura del casco o regresar a los claustrofóbicos tanques de su dormitorio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jason antes de darle un bocado a una fruta panal, venenosa para los profesores pero por la que todos los niños se pirraban.

Jason se había pegado losetas cerámicas blancas por todo el traje para que pareciera una de esas antiguas escafandras espaciales de las fotografías viejas. Tenía una bandera a su lado —el ancestral pabellón de las barras y estrellas del Imperio estadounidense (¿o era la República estadounidense?)—, la reliquia que le habían asignado para que esa tarde en la Asamblea del Recuerdo narrase la leyenda de Neil Armstrong, el paseante lunar.

—Ni siquiera vas disfrazada —añadió él.

—Ni lo sé ni me importa —dijo Ona mientras desenroscaba su casco y se despojaba del traje. Inspiró profundamente el aire fresco y cálido, libre del sofocante olor químico de los filtros de reciclaje.

Todo aquel que fuese a realizar una presentación en la Asamblea del Recuerdo tenía que ir disfrazado. A Ona le habían entregado dos semanas atrás la antigüedad que le habían asignado: una pequeña pieza metálica plana de superficie rugosa, más o menos del tamaño de la palma de su mano y con forma similar a la de una pala de juguete. Era de color verde oscuro; con un mango corto, grueso y plano, y una hoja terminada en dos puntas; y más pesada de lo que sus dimensiones hacían pensar. Era una reliquia familiar perteneciente a la señora Coron.

—Pero para ellos estas antigüedades e historias son importantísimas —dijo Talia—. Si no has investigado van a cabrearse un montón.

Talia se había pegado su objeto, un velo blanco, por encima del casco, y se había puesto un vestido blanco de encaje sobre el traje,

para poder representar una boda clásica con Dahl, que se había pintado el traje de negro para parecerse a los novios que había visto en los hologramas antiguos.

—De todas maneras, ¿quién sabe si las historias que nos cuentan son ciertas? Nosotros nunca vamos a poder ir allí.

Ona depositó la pequeña pala en el centro de la mesa, donde el metal absorbía el calor del sol. Se imaginó a la señora Coron alargando la mano para tocarla —un valioso recuerdo de un mundo que la mujer no volvería a ver— y lanzando un grito acto seguido porque la pala quemaba.

*Tienes que conocer tus orígenes.*

Ona hubiese preferido utilizar la pala para desenterrar el pasado de Nova Pacífica, su planeta, donde ella se sentía cómoda y en su verdadero hogar. Tenía mucho más interés por aprender sobre la historia de los *alienígenas* que por conocer el pasado de los profesores.

—Se aferran a su pasado como liquen viscoso podrido —mientras hablaba, Ona notaba bullir la furia en su interior— y nos hacen sentir mal, incompletos, como si nunca fuésemos a llegar a ser tan buenos como ellos. ¡Pero si aquí fuera no podrían sobrevivir ni una hora!

Agarró la pala y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el bosque de maderalbos.

Jason y Talia se quedaron callados. Tras unos incómodos minutos, se levantaron.

—Tenemos que prepararnos para la Asamblea —musitó Jason antes de regresar al interior.

Ona se quedó un rato sentada a solas, contando con desgana las alas-lanzadera que pasaban raudas por encima de ella. Con un suspiro se puso en pie y enfiló hacia el bosque de maderalbos para recuperar la pala.

A decir verdad, los días de otoño cálidos y radiantes como ese, a Ona solo le apetecía permanecer en el exterior, sin traje ni casco, va-

gando por los bosquecillos de maderalbos, con sus troncos de seis lados elevándose hacia el cielo, sus trémulas hojas hexagonales de un blanco argénteo componiendo un baldaquino de azogue, con su murmullo de susurros y risas.

Contempló los revoloteadores que danzaban por el aire, con sus seis alas translúcidas de un vivo azul agitándose frenéticamente mientras dibujaban figuras en el aire que ella estaba convencida se correspondían con algún tipo de lenguaje. La Cúpula había sido construida en el emplazamiento de una ancestral ciudad alienígena y, aquí y allá, los montículos interrumpían los bosquecillos: pilas de escombros angulosos dejados por los misteriosos habitantes originales del planeta, todos ellos muertos milenios antes de la llegada de la nave colonial; ruinas alienígenas de las que tan solo emanaba un silencio fantasmal.

*Tampoco es que lo hayan intentado con demasiadas ganas,* pensó Ona. Los profesores nunca habían demostrado excesivo interés por los alienígenas; estaban demasiado ocupados tratando de embutir en la cabeza de los niños todo lo relacionado con la vieja Tierra.

Ona sintió la plena calidez del sol sobre su cuerpo y rostro, y sus escamas blancas centellearon iridiscentes. El sol vespertino calentaba lo suficiente como para llevar el agua al punto de ebullición en los lugares donde los maderalbos no daban sombra y, en el bosque, las blancas columnas de vapor proliferaban por doquier. Aunque no había arrojado la pala lejos, a Ona le costó encontrarla entre la densa arboleda. Fue avanzando con cuidado, despacio, examinando todas las raíces al aire y las piedras vueltas, todos los montones de ancestrales escombros. Deseó que la pala no se hubiera roto.

*Ahí está.*

Ona se acercó apresuradamente. La pala estaba sobre el lateral de una pila de escombros, hundida entre briznas de hierba purpurina

que habían amortiguado su caída. Un poco de vapor burbujeara atrapado debajo de ella, de suerte que el objeto parecía estar flotando sobre el vaho del agua que escapaba del suelo. Ona se inclinó más.

El vapor tenía una fragancia que nunca antes había olido. El vaho había arrancado parte de la pátina verde que recubría la pala, dejando al descubierto el reluciente metal dorado de debajo. Ona tomó repentina conciencia de lo antiquísimo de la pieza y se preguntó si se trataría de algún objeto ritual, al acordarse vagamente de algunas cosas que les habían contado en las clases de Costumbres y Cultura sobre las religiones: historias de fantasmas.

Por primera vez se preguntó con curiosidad si a sus anteriores propietarios alguna vez se les había pasado por la cabeza que la pala terminaría un día a un billón de kilómetros de su hogar, sobre un mausoleo alienígena, en manos de una niña apenas humana con el aspecto de Ona.

Hechizada por el olor, alargó la mano hacia la pala, respiró hondo y se desmayó.

2.

## **EAST NORBURY (CONNECTICUT), 1989**

Para el baile de Halloween, Fred Ho decidió disfrazarse de Ronald Reagan.

Sobre todo porque era la careta que estaba de oferta en el bazar, aunque así también podría ponerse el traje de su padre, que este solo había utilizado en una ocasión, el día de la inauguración del restaurante. No quería tener que discutir con su progenitor por cuestiones de dinero. Bastante consternación había causado ya a sus padres el que fuera a asistir al baile.

Y además los pantalones tenían los bolsillos profundos, ideales para guardar el regalo. A través de la fina tela, el calor de su muslo

había atemperado la pequeña antigüedad: una pesada y angulosa pieccecita de bronce con forma de pala. Fred había pensado que a Carrie le podría gustar emplearla como pisapapeles, colgarla como decoración en alguna ventana o incluso aprovechar el agujero en el extremo del mango para convertirla en un quemador de incienso. Carrie olía a menudo a sándalo y a pachuli.

Cuando pasó a recogerlo por casa, Carrie saludó con la mano a los padres de Fred, que estaban plantados en el umbral, confundidos y recelosos, y que no le devolvieron el saludo.

—Vas muy elegante —dijo ella, que tenía su careta en el salpicadero.

Fred se había sentido aliviado cuando Carrie aprobó su disfraz. De hecho, no se había limitado a aprobarlo: ella misma se había disfrazado de Nancy Reagan.

Fred se echó a reír y trató de que se le ocurriese algún comentario apropiado. Para cuando se decidió por «Tú estás muy guapa», ya se habían alejado un bloque y le pareció demasiado tarde, así que se limitó a decir:

—Gracias por pedirme que te acompañara al baile.

El pabellón deportivo estaba adornado con banderines naranjas, murciélagos de plástico y calabazas de papel. Se pusieron las máscaras y entraron. Bailaron al son de *Straight Up*, de Paula Abdul, y luego de *Like a Prayer*, de Madonna. Bueno, Carrie bailó; Fred sobre todo trató de mantener el tipo.

Aunque continuaba moviéndose con la misma torpeza de siempre, gracias a las caretas le resultó algo más sencillo dejar de preocuparse por su carencia de la habilidad más esencial para sobrevivir en un instituto estadounidense: ser capaz de pasar desapercibido.

Las máscaras de goma no tardaron en hacerles sudar. Carrie apuró vaso tras vaso de un ponche empalagosamente dulce, pero Fred,

que optó por no despojarse de la careta, declinó beber con un movimiento negativo de la cabeza. Para cuando Jordan Knight comenzó a cantar *I'll Be Loving You (Forever)*, ya se disponían a marcharse del lóbrego gimnasio.

En el exterior, el aparcamiento estaba lleno de fantasmas, Supermanes, extraterrestres, brujas y princesas, que saludaron con la mano a la pareja presidencial, que a su vez les devolvió el saludo. Fred mantuvo puesta la máscara y deliberadamente caminó despacio, disfrutando de la brisa del anochecer.

—Ojalá fuese Halloween todos los días —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

*Nadie sabe quién soy. Nadie se me queda mirando*, le hubiera gustado contestar. Pero, en lugar de eso, se limitó a decir:

—Lo de llevar traje está bien —Articuló lenta y cuidadosamente, y apenas se notó su propio acento.

Ella asintió con un cabeceo, como si le comprendiese. Luego subieron al coche.

Hasta que llegó Fred, el instituto de East Norbury nunca había contado con un alumno cuya lengua materna no fuese el inglés y que además pudiera tratarse de un inmigrante ilegal. La mayor parte de la gente era amable, pero una infinidad de sonrisas, cuchicheos y pequeños gestos, que tomados de manera individual parecían de lo más inocuo, se acumulaban hasta convertirse en un «este no es tu lugar».

—¿Estás nervioso porque voy a presentarte a mis padres? —preguntó ella.

—No —mintió Fred.

—A mi madre le hace mucha ilusión conocerte.

Llegaron a un rancho blanco con una planta y un semisótano, emplazado tras una extensión de césped immaculado.

El buzón situado al principio del camino de entrada decía: «Wynne».

—Esta es tu casa —dijo Fred.

—Anda, ¡si sabes leer! —se burló ella, y aparcó.

Mientras subían por el camino, Fred notó el aroma a mar en el aire y oyó las olas que rompían contra la cercana costa. En la escalera ante la puerta principal reposaba una calabaza de Halloween elegante y sencilla.

*Una casa de cuento de hadas. Un castillo estadounidense, pensó él.*

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Fred desde la puerta de la cocina.

La señora Wynne («Llámame Cammy») iba y venía entre la mesa de la cocina (que utilizaba para cortar, mezclar y montar los platos) y el horno. Le dirigió una rápida sonrisa antes de continuar con su faena.

—No te preocupes. Ve a charlar un rato con mi marido y con Carrie.

—De verdad que puedo echarle una mano. Me manejo bien en la cocina. Mi familia tiene un restaurante.

—Sí, lo sé. Carrie me ha contado que preparas un cerdo *mu xu* excelente. —Se interrumpió y le miró con una sonrisa todavía más amplia—. ¡Hablas un inglés estupendo!

Fred nunca había entendido por qué a la gente le parecía tan importante resaltar ese hecho. Siempre sonaban la mar de sorprendidos, y él nunca sabía qué responder.

—Gracias.

—De veras que tu inglés es estupendo. Ahora vete. Lo tengo todo controlado.

Fred se retiró de vuelta al salón, deseando haber podido quedarse en la cocina, arropado por ese calor acogedor y casi familiar.

—Qué terrible... —se lamentó el señor Wynne—, lo de esos valerosos estudiantes en la plaza de Tiananmén... Son unos héroes.

Fred movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tus padres eran disidentes?

Fred titubeó. Recordaba a su padre leyendo el periódico chino gratuito que conseguían en el Chinatown de Boston, en el que se veían fotografías de las manifestaciones multitudinarias de Pekín.

*«Esos estúpidos niñatos —había dicho su padre con el rostro arbolado por el desprecio—, en lugar de estar estudiando se dedican a malgastar el dinero de sus padres provocando disturbios en la calle como si fuesen los guardias rojos, y solo para poder posar ante los extranjeros y sus cámaras. ¿Qué es lo que esperan lograr? Son todos unos malcriados que han leído demasiados libros norteamericanos. —Entonces se había vuelto hacia Fred enarbolando amenazadoramente el puño—. Como alguna vez te atrevas a hacer algo así te sacudiré hasta que vuelvas a encontrar tu puto tornillo».*

—Sí —respondió Fred—. Por eso vinimos a Estados Unidos.

—Este es un gran país, ¿verdad? —dijo el señor Wynne asintiendo satisfecho con la cabeza.

A decir verdad, Fred nunca había llegado a comprender del todo por qué, un día, sus padres lo habían despertado en plena noche; por qué se habían montado en una barca, luego en un camión, luego en un autobús, luego en un barco grande; por qué, durante muchísimos días, habían navegado en la oscuridad, con los embates y el bamboleo del mar haciéndole vomitar; por qué, tras desembarcar, se habían escondido en la trasera de una camioneta, y al cabo se habían apeado en las sucias calles del Chinatown neoyorquino, donde unos hombres habían hablado con su padre en tono amenazador mientras él asentía con la cabeza una y otra vez; por qué su padre le había dicho que a partir de ese momento todos tenían nombres distintos y eran personas distintas y solo debían hablar con otros chinos y nunca con la policía; por qué todos habían vivido en el sótano

de un restaurante y trabajado en él durante años, y discutido constantemente sobre cómo ahorrar dinero para pagar la deuda contraída con esos hombres amenazadores y cómo seguir ganando dinero luego; por qué después se habían vuelto a mudar, a East Norbury, la pequeña ciudad en la costa de Nueva Inglaterra en la que su padre había dicho no tenían ningún restaurante chino y los norteamericanos eran demasiado tontos como para darse cuenta de que él no era gran cosa como cocinero.

—Un gran país —repitió Fred.

—Y el rostro que tienes en la mano es el de un gran hombre —continuó el señor Wynne señalando su careta—. Un verdadero luchador por la libertad.

Tras aquella semana de junio, su padre había hablado por teléfono todos los días, en susurros, hasta bien entrada la noche. Y de buenas a primeras les había soltado a su madre y a él que tenían que memorizar una nueva historia sobre ellos mismos, sobre los vínculos que los unían a los estudiantes muertos en la plaza de Tiananmén, cuyas creencias compartían, y sobre lo perdidamente enamorados de la «democracia» que estaban. La palabra «asilo» se mencionó a menudo, y se tuvieron que preparar para una entrevista con un funcionario estadounidense en Nueva York un mes después, para poder convertirse en *legales*.

*«Entonces podremos quedarnos aquí y ganar montones de dinero», había dicho su padre con satisfacción.*

Sonó el timbre de la puerta. Carrie se levantó con el cuenco de golosinas.

—Carrie siempre es muy lanzada —dijo el señor Wynne, y añadió bajando la voz—: Le gusta probar cosas nuevas. Ser rebelde es algo propio de su edad.

Fred movió la cabeza afirmativamente, nada seguro acerca de qué es lo que en realidad le estaban diciendo.